

Emanaciones

A cada instante, en cada momento, una exhalación sale de mí. Un espíritu de cada evento se crea y es arrojado junto a tantos otros, por ahí. Quizá luego se vaya por algún camino, en alguna dirección.

Los veo, a veces a lo lejos, y forman una memoria. Otros aquí se juntan, me alzan y me sostienen: me susurran respuestas en los oídos; entran así en mi cuerpo para emanar renovados, fortalecidos y compitiendo. Me poseen, pues yo soy ellos y ellos a su vez, son yo. No recuerdo haber sido otra cosa. Soy un ser compuesto de miles de espíritus de instantes. ¿Quién acaso recuerda, cómo aprendió a reír?

Aún no sé qué son. Son ideas, son eventos. Son espíritus de una unidad, de algo. Algo que podría ser distinto para otra persona. Conceptos, percepciones... y viven, desde adentro hacia afuera.

Espíritus, emanaciones, que a veces se expresan con fuerza y presionan sobre las paredes de mi habitación, deseando pura expansión. O se convierten en pulsión, con mi mano, pueden tomar un hacha y dirigirla contra un leño en reposo. Si. A veces buscan quebrar esa realidad externa por alguna de sus grietas, propulsando la herramienta en un ejercicio de puntería y fuerza. Y ahí, en el lugar que filo y leño chocan, hay un momento superficial. Una fracción de segundo quizá, y la certeza se revela.

A veces, experimentamos que la certeza existe. Aunque lo olvidemos. Digamos que dura el tiempo necesario para escapar, sin perder su independencia, ese tipo de emanación es la certeza: inaprensible.

Emanaciones. El mundo está plagado de ellas, todas las personas las exudan. Pero no todos los momentos o razonamientos son atinados y mucho menos, certeros. Algunas manifestaciones tienen fallas. Algunas son como el cáncer, son "las replicadoras". Basta encontrarse con una de ellas para que extienda su lengua serpenteante y en implacable retórica entre por tus oídos como algo que se oye bien. ¡Emergerá luego! Replicada y multiplicada, como vómitos de conceptos fallados que salen de dentro tuyo, cuya única habilidad es reproducirse. Es el estar

acá, aislado, lo que me permite evitarlas. No llegan a la puerta de mi casa. Pueden entrar manifestaciones ajenas, por las pantallas, o por la vibración sintonizada de un parlante. Algunas percepciones, tienen muchas habilidades. Algunas, son diseñadas, entrenadas y lanzadas al mundo para ganar. ¿Ganar qué?

Tengo otras fallas. Las que salen y van buscando probarse en el mundo de allí afuera y en su pobreza, en su mentira, son pisoteadas por otras manifestaciones que poseen el honroso trabajo de destruirlas. Una sociedad entera para ello. Personas que van enfrentando sus manifestaciones externas, sometiéndolas a juicios de otras manifestaciones, de otras personas. Y así se hace una gran masa de realidad. Lo que sobrevive en ese océano, tiene que navegar el oleaje. De eso se trata ¿no? ¿de sobrevivir?

Cuando pienso en las fallas, las cosas cambiaron mucho desde que estoy aquí dentro. Eso fue lo doloroso. La mayoría de las fallas siempre venían de afuera, de otros. Mi tarea era enfrentarme a ellas. Mientras que las mías, las mías bueno, serían problema de alguien más.

Si el universo fuera un solo desierto, las fallas de la única persona viva, no serían más que sus memorias. Como la memoria de aquella vez que creyó hablar con los dioses y construyó pirámides. Es más, su vida acabaría como eso, como una emanación que existió en algún momento. En el desierto, en la soledad, no existe esa masa de emanaciones homogéneas desprendiéndose de todos los seres, uniformizando el manto del cosmos.

En el encierro. En el encierro hay un problema. Mis fallas o verdades antes se perdían, en ese campo de lo homogéneo. Transitaban algunos metros, no más, mientras continuaba con el ejercicio de mantenerme a flote en la marea. No las veía volver... ¡Ja! Eso sí cambió. Esas cristalizaciones, esas espontaneidades, esas, mis memorias... ya no se manifiestan para abandonarme y amortiguarse y caer en ese mar gris como una nada. Por supuesto que no.

Ahora son odiosos reflejos, no me dejan en paz, no me dejan dormir. Salen de mí y buscan escapar, pero estoy encerrado con ellos en un cuarto pequeño. Rebotan contra las paredes y vuelven, golpeándome como una asquerosa flatulencia. Y me indican que allí, de donde salieron, hay algo mío que está podrido.

He visto emanaciones podridas de otras personas, pero la tarea de vivir hacia afuera, de definir una frontera, no me permitía ver las mías. De alguna manera para sostenerse en el mundo hay que generar un perímetro. Una máscara de identificación. Y la tarea es tan demandante que lo construimos con todo lo que haya al alcance, aunque esté podrido.

En el encierro he sufrido el vapuleo de las peores, que otrora toleraba esporádicamente. Hasta que tomé la decisión de ir dentro mío. Allí donde es necesario el hilo de Ariadna. Y en el tiempo, crear esa manifestación que batalle la podredumbre.

Los reflejos de mis paredes son cada vez más débiles. He sufrido para conseguirlo. Algo huele bien, aunque es duro por momentos. A veces la emanación de escala puede ayudar, pensar en lo gigante que es todo, empequeñece los problemas, y también me empequeñece a mí.

Mi abuelo decía que la mentira tiene patas cortas. Y siempre lo creí como un decir. Pero ahora, cuando las veo caminar unos pasos y reflejarse en mi encierro, entiendo que antes tropezaban rápidamente con lo homogéneo. Se mezclaban en el mar de millones de manifestaciones, y a causa de sus patas cortas eran pisoteadas, sumando muy poco en el sustrato de inmundicias humanas. En este espacio tan reducido, son hirientes.

Ahora que luché contra tantos reflejos de mí mismo. Ahora que subyugué en batalla mis manifestaciones más terribles, tengo un temor más. Volver a salir allí afuera, al mundo de las mentiras nuevamente, y mimetizarme de lo homogéneo una vez más.

Ignacio Cortés

Estudiante de Lic. en Economía

Sede Andina UNRN

Octubre 2020